

## EL MINISTERIO, REALIDAD ECLESIAL

MIGUEL ÁNGEL KELLER, OSA.

### COSAS DEL LENGUAJE

Afirman los filólogos y lingüistas que el lenguaje es una realidad viva, cambiante y evolutiva. Resulta evidente al comprobar la evolución semántica de algunas palabras, que con el transcurrir del tiempo adquieren importantes matices e incluso llegan prácticamente a cambiar de significado.

Un ejemplo clásico de lo que podríamos llamar “evolución ascendente de los vocablos” es la palabra *ministro*, de raíz latina y con una curiosa transposición de significado. El término, “*ministro*” (servidor) se aplicaba en la antigüedad específicamente a quienes desempeñaban los oficios domésticos y manuales más humildes (el *personal de servicio*, precisamos hoy): esclavos, empleados de la casa, camareros...Significado que, progresivamente, fue perdiendo el vocablo en un proceso de evolución ascendente hasta llegar a identificarlo en la actualidad con la posición privilegiada de los primeros oficiales de un gobierno, al frente de los Ministerios (con mayúscula hoy) más importantes. Nunca llamamos ya *ministro* a quien sirve la mesa...

Una buena pregunta, ya en relación con nuestro tema relativo al ministerio y los ministerios en la Iglesia, es si esta evolución semántica no ha sido también una evolución teológica y práctica, que, inconscientemente y por una especie de ósmosis social, ha influido también en la concepción misma de los ministerios eclesiales.

Recuerdo de hecho las enseñanzas, allá por los años 60, de un sabio profesor que solía hablar de los sacerdotes como *los cocineros de los cristianos*...Una terminología no exenta de una clara ironía y solapada crítica, que, al mismo tiempo que subrayaba la importancia vital del ministerio sacerdotal en la Iglesia (preparar y ofrecer el alimento de la Palabra y la Eucaristía al pueblo de Dios), dejaba entrever su desacuerdo con quienes lo entendían más como autoridad que como servicio...

Porque pareciera que el excesivo protagonismo de los *cocineros de los cristianos* – es decir, la *clericalización* de la Iglesia – hace que muchos tengan “*la impresión de que hay en ella unos que mandan, enseñan y celebran, mientras la mayoría obedece, escucha y asiste; así, los ministerios quedan proyectados en el esquema de poder dominador y se desfigura el rostro evangélico de la fraternidad cristiana*” (J. ESPEJA, Ministerios, en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid 1993, p. 795).

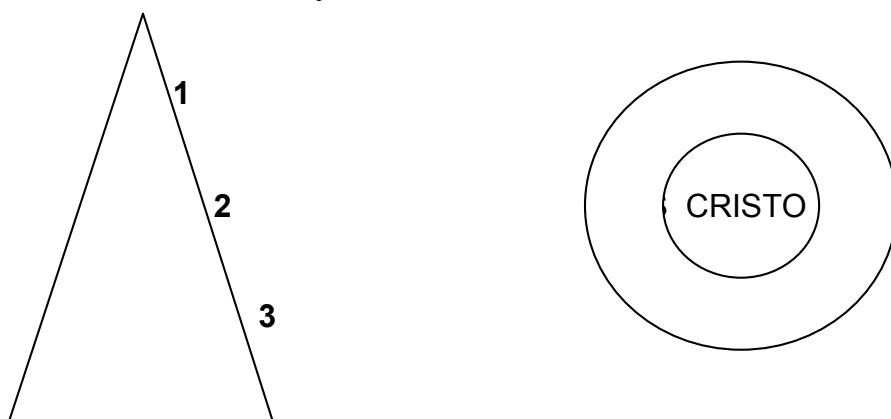
Algo sobre lo que sin duda vale la pena reflexionar desde la tradición bíblica, la experiencia y la enseñanza de san Agustín, la doctrina del Concilio Vaticano II y la actual situación cultural.

### UNA REVOLUCIÓN COPERNICANA

Copérnico y Galileo fueron – como es sabido – los responsables de uno de los cambios más trascendentales en el mundo de las ciencias, concretamente de la astronomía: el paso del antiguo sistema *geocéntrico* (con la tierra en el centro) al *heliocéntrico* (con el sol en el centro). Desde entonces,

la expresión “*revolución copernicana*” ha quedado como sinónimo de un cambio total y de enormes consecuencias.

En este sentido, muchos comentaristas no dudan en calificar al Concilio Vaticano II (1962-1965), el concilio convocado por el buen Papa Juan XXIII, como autor de una verdadera revolución copernicana en la eclesiología; es decir, de un cambio total y de enormes consecuencias en la teología católica sobre la Iglesia. Un cambio que, sin entrar en demasiados detalles y usando una imagen plástica muy conocida, podría resumirse como el paso de una eclesiología *piramidal* a una eclesiología *circular*, o, en otras palabras, de una concepción de la Iglesia estructurada al estilo de la *sociedad civil*, con sus clases y poderes, a una eclesiología de *comunidad*, basada en la actitud evangélica de la fraternidad y el servicio.



La pirámide es la figura geométrica que simboliza la desigualdad, y en este sentido se utiliza en sociología para señalar las diferencias entre clases, edades, u otras variables (la *pirámide social*). La eclesiología inmediatamente anterior al Concilio Vaticano II, inspirada en la concepción de la Iglesia como *sociedad perfecta* del jesuita san Roberto Belarmino, era en efecto piramidal, marcando las diferencias entre la jerarquía o ministros ordenados (arriba, en el vértice de la pirámide, como clase superior y minoritaria), la más ancha zona inmediatamente colocada bajo la anterior (una especie de “segunda división” asignada a la vida religiosa), y por fin la gran mayoría de la base, los seglares o cristianos que no pertenecían a ninguna de las dos clasificaciones anteriores, en la zona inferior. Tan inferior que ellos constituían la *iglesia discente* (los que aprenden), dependiente de la clase superior – la *iglesia docente* (los que enseñan) o miembros de la jerarquía – que, juntamente con los religiosos, eran considerados dentro de los llamados *estados de perfección*, a los que estaba reservada especialmente la posibilidad de la perfección cristiana o santidad.

El círculo, en cambio, es el signo de la igualdad, pues es la figura geométrica caracterizada porque todos sus puntos equidistan del centro. Es entonces una imagen muy apropiada de la Iglesia-comunidad, en la que todos sus miembros (unidos a Cristo por el bautismo) participan de su misma vida y dignidad. No hay entonces “clases” ni primera, segunda o tercera división... Todos somos hermanos en el Señor, todos estamos llamados a la santidad, aunque – eso sí – no de la misma manera ni por el mismo camino: hay en la Iglesia diversas *vocaciones específicas* (formas concretas de realizar y vivir la única vocación bautismal), diversos *carismas* (dones o cualidades que el Señor otorga a cada uno para el bien de la comunidad) y diferentes

*ministerios* (servicios prestados a los demás). Y, por supuesto, la perfección cristiana o santidad no depende de la vocación específica, el carisma o el ministerio concreto, sino de la calidad del amor, la fidelidad en el seguimiento de Jesucristo y la docilidad al Espíritu Santo de cada uno.

Otra expresión significativa y palpable de la renovada eclesiología de *comunión* salta a la vista con sólo observar el índice de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* del mismo Concilio Vaticano II. Una Constitución que los teólogos de la mentalidad más tradicional hubieran comenzado siempre hablando de la jerarquía – palabra que por cierto quiere decir *poder sagrado* –, luego de la vida religiosa, y, por último, de los cristianos de a pie... Pero que ahora presenta un esquema nuevo y revolucionario:

#### LA IGLESIA (*Lumen gentium*)

1. El misterio de la Iglesia
2. El Pueblo de Dios
3. Constitución jerárquica de la Iglesia, y particularmente el Episcopado
4. Los laicos
5. Universal vocación a la santidad en la Iglesia
6. Los religiosos
7. Índole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial
8. La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

La Iglesia es ante todo un *misterio* y un *sacramento* (lo más importante es lo que no se ve – la presencia de Jesucristo en el Espíritu y el Reino de Dios –, a cuyo servicio están las realidades visibles: personas, estructuras, normas)... La más exacta definición de la Iglesia es comunitaria, “*comunión de vida, de caridad y de verdad*” (LG 9): es ante todo *el pueblo de Dios*, constituido tanto por la *jerarquía* como por los *laicos*, al servicio del Reino y unidos en una *única vocación universal a la santidad*. Una santidad de la que *los religiosos* son testimonio y profecía, y que se realiza progresivamente en la Iglesia *peregrina* hacia su consumación, y de la que *María* es prototipo privilegiado.

Toda la Iglesia es así un pueblo *sacerdotal* – la insistencia en el *sacerdocio común de todos los bautizados* (LG 10-11) es uno de los ejes de la eclesiología conciliar – y por lo tanto toda la Iglesia es *ministerial*: en ella todos los bautizados, cada uno según su propio carisma y vocación específica, sirven a la causa del Reino y están llamados a servirse fraternalmente unos a otros.

## RAÍCES BÍBLICAS

La *vuelta a las fuentes*, es decir, a los orígenes del cristianismo, fue una de las claves del Concilio Vaticano II. ¡Volver a la Escritura y a la Tradición para

renovar la visión de la Iglesia y de su misión en el mundo! Por eso la eclesiología del Concilio es neta y fundamentalmente bíblica. Es necesario siempre volver a los datos fundamentales de la Sagrada Escritura para entender correctamente la realidad del ministerio eclesial:

#### A) LA PRAXIS DE JESÚS

El punto de partida de cualquier realidad *cristiana* es la praxis de Jesús de Nazaret. “*Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros*” (Juan 20, 21). La identidad y el sentido de la vida y la misión de la Iglesia es actualizar en el mundo la presencia salvadora de Jesucristo, la causa del Reino, su actitud y su compromiso. Todo ministerio cristiano es, en este sentido, continuación del mismo ministerio de Jesús, y debe encuadrarse en la presentación programática que Él mismo trazó de su misión liberadora: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungió. Me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a proclamar la libertad a los cautivos, y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor*” (Lucas 4,18 ss; ver Isaías 61,1ss.).

La Carta a los Hebreos entiende así el servicio-ministerio-sacerdocio de Jesús: “*se ofreció a sí mismo*” (9, 14 y 25), entregó su propia vida, su propia persona, su propia existencia, al servicio de la voluntad del Padre y de la salvación de la humanidad: con súplicas y lágrimas, en el sufrimiento y la obediencia, a pesar de su condición de Hijo de Dios (ver Hebreos 5, 1-10).

Los Evangelios atestiguan este sentido *ministerial* de la vida toda de Jesús, que recalca su actitud de SERVICIO HUMILDE (“*Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*”, Lucas 22,27), quiso simbolizar toda su vida y su entrega en un gesto de servicio realizado típicamente por los esclavos o servidores – *ministros* – (el lavatorio de los pies, Juan 13,1ss.), y advirtió expresamente a sus discípulos sobre el peligro de malentender el ejercicio de la autoridad al estilo de los poderosos de este mundo: “*Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros sea esclavo vuestro; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*” (Mateo 20,25-28; Marcos 10,41-45).

Una advertencia que explícitamente se aplica también a las autoridades religiosas de su tiempo (escribas y fariseos), gustosos de grandes títulos – rabbí, padre, maestro, jefe...– e incapaces de entender la dinámica del Reino: “*El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille será ensalzado*” (Mateo 23, 11-12).

No cabe, pues, en la comunidad cristiana, otra actitud que no sea la de Jesús. Todos estamos llamados a encarnar su disposición de humilde servidor. No es evangélico ningún tipo de pretendido “ministerio” basado en el esquema poder/dominación por encima de la fraternidad comunitaria.

#### B) EL MISTERIO DE LA IGLESIA

Afirmar que la Iglesia es un *misterio* equivale a aceptar que su más íntima realidad está oculta. El Concilio Vaticano II se empeña en buscar imágenes capaces de hacer comprensible y de alguna manera visible ese misterio, imágenes que, por supuesto, toma prioritariamente de la enseñanza bíblica (ver

LG 6): aprisco y rebaño, campo y viña del Señor, edificio y templo de Dios, ciudad santa y Jerusalén celestial, madre nuestra y esposa del Cordero, Cuerpo místico de Cristo.

Esta última imagen, prioritariamente subrayada por el Concilio, es de especial importancia para nuestro tema y tiene su origen en la enseñanza del Apóstol Pablo, quien presenta a la Iglesia como un *cuerpo*, cuya cabeza es Cristo, vivo y animado por la acción del Espíritu que suscita entre sus miembros diversos dones o carismas para el servicio mutuo y el bien de la comunidad (ver *Romanos 12,4ss*; *1Corintios 12,4ss*; *Efesios 4,1ss.*).

La *eclesiología de comunión* queda en estos textos perfectamente delineada y fundamentada en sus dos dimensiones esenciales: unidad y diversidad. Todos los miembros del Cuerpo de Cristo están llamados a la *unidad* (en el Espíritu que crea la comunión – en el mismo Señor, la misma fe y el único bautismo – por medio del amor), al mismo tiempo que lo enriquecen por la *diversidad* de dones recibidos, según la voluntad de Dios y la medida de la gracia de Cristo, para desempeñar diversas funciones al servicio del bien de todo el cuerpo eclesial.

Relacionada con la imagen del Cuerpo está también la de la *edificación*, igualmente de origen paulino y muy sugerente para la comprensión de los ministerios. A partir sobre todo de *Efesios 4, 1ss.*, queda claro que el *recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio* es necesario para la *edificación del cuerpo de Cristo* (ib. 4,22). Se subraya así la dimensión dinámica de la eclesiología de comunión. La imagen de las partes de un edificio complementa así en el mismo sentido a la de los miembros de un mismo cuerpo: diversas, pero unidas (en el amor que les da fundamento y cohesión: ver también *Colosenses 2,19*).

Mientras camina peregrinando a través de la historia, la comunidad cristiana debe crecer en su comunión con Cristo y reorientarse constantemente hacia su plenitud: está en edificación y necesita *servicios* (ministerios) que garanticen su fidelidad, iluminen el camino, abran nuevas sendas y hagan operativo su proyecto, continuación del mismo proyecto de Jesús, al servicio del Reino.

Sólo desde esta perspectiva de la profundidad del misterio de la Iglesia es posible entender adecuadamente el tema de los ministerios como realidad eclesial (ver *Hechos 6*). Desde ella se han organizado progresivamente los distintos ministerios a través de la historia y la pérdida de esta perspectiva, cuando ha sido sustituida por otra más *profesional y competitiva*, al estilo de la sociedad civil, se ha traducido siempre en una falsificación de la identidad de la Iglesia y de los mismos ministerios.

### C) CARISMAS Y MINISTERIOS

En el conjunto de los textos relativos al Cuerpo de Cristo, aparecen enumerados toda una serie de *ministerios* concretos de diversa índole y no fácil clasificación: apóstoles, evangelistas, profetas y doctores (a los que habría que añadir en textos más tardíos los presbíteros y obispos: *1Timoteo 5,17* y *3,1*); servicios relativos a la palabra, la caridad, el gobierno y la presidencia, la administración, el discernimiento y las curaciones...

Los dones o *carismas* parecen ser para Pablo cualidades fundamentales que luego se concretan en los ministerios o servicios prácticos dentro de la comunidad. Interesa destacar algunos puntos centrales de la doctrina paulina:

•El contexto de la enseñanza del Apóstol sobre los diversos ministerios en el Cuerpo de Cristo está relacionado siempre con su sentido comunitario: en las tres cartas paulinas citadas (*Romanos, 1 Corintios y Efesios*), la *exhortación a la unidad como exigencia de la caridad* acompaña, antecede y culmina la alusión a los distintos dones, carismas y ministerios. Están y deben estar, definitivamente, al servicio de la comunión eclesial y dentro de una estructura de fraternidad comunitaria.

•La finalidad de todos los ministerios está, justamente por eso e insistentemente señalada como eclesial y comunitaria, al servicio del bien común: *para provecho común (1 Corintios 12,7)*, con continua *preocupación por los demás (ib.25)*, *para el crecimiento de todo el cuerpo y su edificación en el amor (Efesios 4, 16)*...

•La actitud fundamental en el ejercicio de los ministerios es siempre la *humildad* y el *servicio*: sin considerarse nadie más que los demás, con sencillez y amor cordial (*Romanos 12, 3.8.10*); reconociendo que todo es don de Dios y sin menospreciar a los demás miembros del cuerpo (*1 Corintios 12, 11 y 15 ss.*); con toda humildad, mansedumbre y paciencia (*Efesios 4, 2*).

Hay aquí verdaderamente toda una “espiritualidad ministerial”, que merece ser meditada y vivida si queremos que la Iglesia sea, sobre todo, un modelo alternativo y evangélico de entender la convivencia, la corresponsabilidad, el ejercicio de la autoridad.

### **PARA EL DIÁLOGO**

•Qué ideas te sugieren las palabras *jerarquía, ministros de la Iglesia, fieles, laicos, comunidad, Reino de Dios*...

•¿Conoces los Documentos del Concilio Vaticano II? ¿Los consideras como algo anticuado e inútil o como orientaciones aún válidas para la renovación de la Iglesia?

•Intenta sintetizar las coincidencias y/o diferencias entre la forma de entender la *autoridad* en la sociedad civil y la comunidad cristiana.

### **ASÍ ENTENDÍA SAN AGUSTÍN LA IGLESIA**

Los comentaristas del Concilio Vaticano II han hecho notar que san Agustín es el Padre de la Iglesia más citado en los documentos conciliares, dentro de su empeño por enriquecer su reflexión con el recurso de la *vuelta a las fuentes* de la Tradición cristiana. Una de las citas agustinianas más destacadas suele ser el conocido texto que señala la Constitución sobre la Iglesia, comentando precisamente la unidad y diversidad de los ministerios en la Iglesia (pastores y laicos) a partir de la doctrina del Cuerpo místico que acabamos de resumir: “Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél indica un peligro, éste la salvación” (*Sermón 340,1, citado en LG 32*). Un buen ejemplo, ciertamente, de cómo entendía la Iglesia san Agustín...

Como creyente, teólogo y pastor, Agustín fue, sin duda, *un hombre de Iglesia* (que no es lo mismo que ser simplemente una “persona eclesiástica”...). A raíz del proceso que le llevó a su conversión, entró en contacto

progresivamente con la realidad de la Iglesia, que descubre como puerto de salvación, dispensadora de la vida divina, depositaria e intérprete autorizada de la verdad que tanto había buscado...La Iglesia *católica*, extendida por toda la tierra, una, santa, apostólica...

Ya ordenado sacerdote y en los primeros años de ministerio, fue profundizando teológicamente en el misterio de la Iglesia, centrando su reflexión y escritos en los temas de la "*Iglesia Madre*", "*Virgen y Esposa*", "*Cristo total*" (Cabeza y miembros). Y todavía, a través de su propia experiencia pastoral y del enfrentamiento con la herejía donatista, llegará a madurar su comprensión de la realidad eclesial, enriquecida con la dimensión histórica y escatológica, acuñando el concepto de *Ciudad de Dios* peregrina en el mundo.

No es fácil sistematizar la teología agustiniana sobre la Iglesia. Quizás ni siquiera es posible, pero sí podemos detenernos a explicitar hasta qué punto la *eclesiología de comunión*, la idea de una Iglesia *toda ella ministerial* y la *actitud de servicio* como exigencia del ministerio, tienen hondas raíces en san Agustín.

## LA IGLESIA COMUNIÓN

Agustín, experto orador y singular conocedor de los recursos del lenguaje, utiliza en su predicación y escritos toda una serie de elocuentes imágenes para hacer entender el misterio de la Iglesia en clave de comunión. Algunas de las más significativas, y la mayoría de origen paulino como hemos visto, son el *cuerpo*, el *templo o edificación*, el *pan y vino de la Eucaristía*, y el *coro o sinfonía*.

### 1. EL CUERPO DE CRISTO

El ***Cristo total*** (Cabeza y miembros) es, como hemos indicado ya, la fórmula agustiniana para referirse al misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. "Nosotros somos la santa Iglesia", decía Agustín entusiasmado a sus catecúmenos: no sólo nosotros, sino todos los cristianos (*Sermón* 213,8). La Iglesia, el Cristo total, el cuerpo de Cristo dotado de diversos miembros unidos al Señor, su cabeza: "En Cristo habla la Iglesia y en la Iglesia habla Cristo; el cuerpo en la cabeza y la cabeza en el cuerpo" (*Comentarios a los Salmos* 30,3, *Sermón* 1,47). Pues "lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros del único cuerpo" (*Sermón* 267,4).

### 2. LA EDIFICACIÓN DEL TEMPLO

En uno de sus más conocidos sermones, en la fiesta de la dedicación de un templo, Agustín explica que: "Lo que acontecía aquí, cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, a arrancar los árboles y las piedras de los bosques y montes; el ser catequizados y formados, se equipara a la tarea de tallado, pulido y alisadura por las manos de los carpinteros y canteros. Sin embargo, estas vigas y piedras no edifican la casa de Dios más que cuando se ajustan unas a otras mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no se unen entre sí dentro de un cierto orden, si no se ajustan pacíficamente, si en cierto modo no se unen en un abrazo mutuo, nadie entraría aquí" (*Sermón* 336,1).

El proceso de la iniciación cristiana, la exigencia de comunión eclesial y la constitución misma de la Iglesia quedan así bellamente ilustrados. Agustín continuará su reflexión en forma de alegoría para sacar conclusiones prácticas de la imagen: "Poned como cimiento en vuestros corazones, los consejos de los profetas y los apóstoles. Echad delante vuestra humildad, como pavimento liso y llano. Defended juntos, en vuestros corazones, la doctrina saludable con la oración y la Palabra, como firmes paredes. Iluminadlas con los divinos testimonios como si fuesen lámparas. Soportad a los débiles como si fuerais columnas. Proteged bajo los techos a los necesitados, para que el Señor nuestro Dios os recompense los bienes temporales con los eternos, y os posea por siempre una vez acabado el edificio, construido y dedicado"(Sermón 337,5).

### 3. EL PAN Y EL VINO DE LA EUCARISTÍA

En el mismo sentido utiliza san Agustín la imagen del pan y el vino eucarísticos: "Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando recibíais los exorcismos, erais como molidos; cuando fuisteis bautizados, como asperjados; cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo fuisteis como cocidos (...) Lo que hemos de entender respecto al cáliz, aun sin decirlo expresamente, lo mostró con suficiencia. Para que exista esta especie visible de pan se han aglutinado muchos granos en una sola masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de los fieles: Tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se hace el vino. Son muchas las uvas que penden del racimo, pero el zumo de las mismas se mezcla, formando un solo vino. Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros perteneiéramos a él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad" (Sermón 272)

### 4. EL CORO

Una imagen más original de la misma realidad de la Iglesia-comunión: "¿Qué es una sinfonía? La concordia de las voces... Es la sinfonía a que se refería el Apóstol cuando decía: Os ruego hermanos, que digáis todos lo mismo y no haya entre vosotros divisiones (1Corintios 1,10). ¿A quién no deleita esta sinfonía santa, es decir, el ir de acuerdo las voces, no cada una por su lado, sin nada inadecuado o fuera de tono, que pueda ofender el oído de un entendido? La concordia pertenece a la esencia del coro. En un coro, lo que agrada es la única voz, resultado de otras muchas, que guarda la unidad sin disonancias ni tonalidades discordantes" (Sermón 119A, 9). "Si cantamos en coro, cantemos armónicamente. Todo el que discrepa con la voz en el coro de cantores, ofende al oído y perturba el coro. (...) El coro de Cristo resuena desde el oriente hasta el occidente. Pues otro salmo dice: Desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, alabad el nombre del Señor. Alaben su nombre en coro. Con tímpano y salterio le salmodien. ¿Por qué echa mano del tímpano y del salterio? Para que no alabe sólo la voz, sino también la obra. Cuando se toman el salterio y el tímpano, las manos acompañan a la voz. Esto te sucederá si, cuando cantas el aleluya, alargas el pan al



hambriento, vistes al desnudo y recibes al peregrino, pues entonces no sólo sonará la voz, sino que la acompañarán las manos, porque las obras concuerdan con las voces. Tomaste el instrumento músico, y los dedos acompañan a la lengua. Tampoco ha de callarse el misterio que encierran el salterio y el tímpano “(Sermón 149,7-8).

## LA DIVERSIDAD DE MINISTERIOS EN LA IGLESIA

La primera conclusión de la realidad de la Iglesia-comunidad es para Agustín la participación de todos sus miembros en su vida, cada uno según la vocación recibida. Porque no han escuchado la llamada del Señor – dice – “sólo las vírgenes y no las casadas; o sólo las viudas y no las esposas; o sólo los monjes y no los casados; o sólo los clérigos y no los laicos; sino que es toda la Iglesia, la totalidad del cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distribuidas, la que ha de seguir a Cristo...Cada uno en su género, en su puesto, en su modo propio” (Sermón 96, 9).

Las distintas edades y estados de vida de los cristianos son en la Iglesia como las diferentes flores de un hermoso jardín (cf. ib.; Sermón 93,4; Sermón 196,2; Sermón 304,2), enseña repetidamente Agustín, completando con esta nueva comparación la imagen básica del cuerpo con sus distintos miembros para reconocer y pedir la corresponsabilidad y participación de todos los fieles en la vida y la misión de la Iglesia: “Realicen todas las funciones que les son propias en el cuerpo, porque el Espíritu Santo ‘está presente en todos los miembros para mantenerlos vivos, da vida a todos y a cada uno su función’. ‘Cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida’, ‘trabajando ahora en la tierra para reinar después en el cielo” (Sermón 26,5; Sermón 267,4; Tratado sobre el Evangelio de San Juan 26,13).

La Iglesia necesita a todos – célibes y casados, clérigos y laicos, ricos y pobres – repite una y otra vez Agustín, para quien la corresponsabilidad eclesial debe llevarse a la práctica, no sólo en la marcha de la misma Iglesia sino también de la familia y de la sociedad. ¿Qué esperan los cristianos de Hipona – les interpela su obispo comentando el martirio de san Lorenzo – para empezar ellos también a actuar y dar testimonio en su propio campo: en su casa, con sus hijos y vecinos, o con sus clientes? De hecho, argumenta con fuerza, “en esta ciudad se encuentran muchas casas en las que no hay ningún pagano y no hay ninguna casa en la que no haya cristianos. Y, si se mira bien, no se encuentra ninguna casa donde no sean más los cristianos que los paganos...Os dais cuenta, pues, de que no sucedería nada malo de no quererlo los cristianos. No hay réplica posible” (Sermón 302,19).

Agustín, que habla con frecuencia de la gran responsabilidad que supone su ministerio episcopal (“Todos somos cristianos, pero yo llevo una carga mayor y más peligrosa”, Sermón 302,19), no deja por eso de reconocer lo que en el lenguaje actual llamamos el *sacerdocio común de los fieles* y su *corresponsabilidad eclesial*. Comentando Apocalipsis 20,6 – “Serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él los mil años” –, afirma en *La ciudad de Dios* 20,10: “Esto último no se refiere únicamente a los obispos y presbíteros, que son los propiamente llamados sacerdotes en la Iglesia, sino que de igual modo que llamamos cristianos a todos los

ungidos por el mismo crisma, así a todos los podemos llamar sacerdotes por ser miembros del único sacerdote. De ellos dice el Apóstol Pedro: 'linaje escogido, sacerdocio real' (1 Pe 2,9)".

Y en la práctica, escuchaba y consultaba con frecuencia a los "seniores laici", un grupo de laicos que formaban una especie de consejo o senado para asesorar al obispo en la administración de los bienes eclesiásticos, los procesos y problemas de mayor dificultad, los asuntos comunitarios y las cuestiones relativas a la familia y otros campos de su competencia (cf. A.G. HAMMAN, *La vida cotidiana en África del Norte en tiempos de San Agustín*, CETA-OALA, Perú 1989)

## LA ACTITUD DE SERVICIO

Dentro de esta perspectiva eclesial es lógico que la categoría de *servicio* ocupe un lugar central en la experiencia y la doctrina agustinianas, y especialmente en relación con el ministerio eclesial. Aunque todos podemos servir de algún modo, pues es "muy difícil encontrar a alguien tan pobre que no pueda dar nada a otro" (*Sermón* 91,9), el obispo Agustín se aplica continuamente a sí mismo el calificativo de *siervo, consiervo, servidor de la Iglesia, servidor del pueblo*:

"El que preside a un pueblo... no ha de tomar como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos, porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó el servirnos a nosotros...Dirigiéndose el Señor a los Apóstoles y confirmándolos en la santa humildad, tras haberles propuesto como ejemplo un niño, les dijo: quien de vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro servidor (Mt20,26)...Por tanto, para decirlo en breves palabras, somos vuestros siervos, siervos vuestros, pero a la vez siervos como vosotros; somos siervos vuestros pero todos tenemos un único Señor; somos siervos vuestros, pero en Jesús...Veamos por tanto en qué es siervo el obispo que preside: en lo mismo en que sirvió el Señor...que no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida. He aquí cómo sirvió el Señor, he aquí cómo nos mandó que fuéramos siervos" (*Sermón* 340 A 1ss. Ver *Sermón* 24,5; *Sermón* 339; *El trabajo de los monjes* 29,37; *Confesiones* 9,13, 37...).

La *responsabilidad en el ejercicio del ministerio de pastor* (*Sermón* 46, 2) es una idea casi obsesiva para Agustín desde los días de su ordenación sacerdotal. Urgido a aceptarla de hecho, sólo pide al Obispo Aurelio – en la preciosa *Carta* 21 – dos cosas: poder seguir viviendo en comunidad y tener tiempo para prepararse para el sacerdocio, que concibe como "servir al pueblo en el ministerio de la palabra y los sacramentos" y cuya responsabilidad le asusta, pues para él "nada hay en esta vida y máxime en estos tiempos – confiesa – más fácil, más placentero y de mayor aceptación entre los hombres que el ministerio de obispo, sacerdote o diácono si se desempeña por mero cumplimiento y adulación. Pero al mismo tiempo, nada hay más torpe, triste y abominable ante Dios que tal conducta. Del mismo modo, nada hay en esta vida y máxime en estos difíciles tiempos más gravoso que la función de obispo presbítero y diácono, ni nada más santo, si se milita en la forma exigida por nuestro Señor".

## HACIA UNA IGLESIA SERVIDORA

Si todos los cristianos, pastores y laicos, entendiéramos así la realidad del *ministerio* eclesial y tuviésemos la misma sensibilidad de Agustín para intentar *servir* con amor, humildad y eficacia, pronto podríamos soñar de verdad con una nueva “primavera” de la Iglesia...

*Iglesia, ¿qué dices de ti misma?* es todavía la gran pregunta planteada en el Vaticano II y en espera de respuesta adecuada, no tanto en la teoría cuanto en la práctica. De esa respuesta depende no sólo el estilo de presencia en el mundo de la Iglesia y su credibilidad frente a la cultura actual, sino también la autenticidad de su vida y la fidelidad en su misión.

Después de vicisitudes históricas y acomodaciones por parte de la Iglesia a los distintos sistemas sociales, el Vaticano II quiso ofrecer una nueva imagen de Iglesia, abierta y dialogante, más evangélica y evangelizadora. Hoy se habla del peligro de “involución” o vuelta atrás de la Iglesia, comprometida con el programa pastoral de la *nueva evangelización*, pero a la vez seriamente interpelada por los *nuevos desafíos* de la postmodernidad (pluralismo y subjetivismo, crisis de cambio acelerado, mundialización y globalización, secularismo y creciente brecha entre “ricos” y “pobres”...), cada vez más descolocada socialmente, criticada de nuevo en diversos frentes (ciencias, escándalos sexuales...) y en camino hacia una situación de *minoría y diáspora*.

En esta coyuntura histórica – tantas veces evocada como *comienzo del tercer milenio* – es preciso discernir los signos de los tiempos para que la Iglesia pueda ser realmente *sacramento de comunión* en medio de una historia conflictiva, *evangelizada y evangelizadora* para poder ser fiel a su identidad *misionera* e intensificar el *ecumenismo* y el *diálogo interreligioso*, abierta a la *cultura actual* y colaboradora en *la construcción de una nueva sociedad* según el plan de Dios en Cristo, es decir, más justa, más fraterna y más humana.

Lo que parece imposible sin un modelo de IGLESIA SERVIDORA, toda ella ministerial, enriquecida y potenciada por la comunión dinámica de los diversos carismas y ministerios. Hablar en este contexto, y después de cuanto hemos expuesto hasta aquí, del *ministerio como realidad eclesial* supone revisar brevemente los diversos servicios eclesiales y la misma relación Iglesia-mundo.

## LOS MINISTERIOS EN LA IGLESIA

Bajo este enunciado se encuadran tradicionalmente los llamados “*ministerios ordenados*” en la Iglesia, conferidos hoy por la recepción del sacramento del Orden en sus tres grados: episcopado, presbiterado y diaconado.

La elección de los Doce y el papel singular de Pedro, junto a la evidente existencia de funciones concretas de liderazgo, dirección y gobierno en la comunidad cristiana desde los tiempos apostólicos, son el sólido fundamento bíblico de la teología de los ministerios ordenados. Teología expuesta por el Concilio Vaticano II en la Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia (especialmente en el capítulo 3) y en los Decretos sobre el oficio pastoral de los Obispos (*Christus Dominus*), el ministerio de los presbíteros (*Presbyterorum ordinis*) y la formación sacerdotal (*Optatam totius*).

La teología católica considera la dimensión jerárquica de la Iglesia como un dato de fe incuestionable, subrayando su origen divino pero aceptando

también una innegable evolución histórica en la comprensión de su identidad y en su práctica concreta. *Enseñar, santificar y gobernar* (por el magisterio y la predicación de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos, y el gobierno pastoral del pueblo de Dios) son las tres dimensiones esenciales del servicio al pueblo de Dios prestado por los ministros ordenados, verdadero don del Señor a su Iglesia y llamados a encarnar hoy la presencia del Buen Pastor entre sus fieles.

Los escándalos protagonizados por ministros ordenados, especialmente los relativos a abusos sexuales – con un notable eco en los medios de comunicación social –, y los cuestionamientos en torno a temas como el celibato y la posibilidad del acceso de la mujer al ministerio ordenado, constituyen hoy materia de frecuente debate y podrían apoyar la percepción de una cierta “situación crítica” del ministerio ordenado (manifestada estadísticamente en el descenso de “vocaciones”), que supone una nueva interpelación a la conversión eclesial y no debe oscurecer la esperanza de la Iglesia.

## MINISTERIOS LAICALES

Un obispo amigo advertía con frecuencia a su clero que no aceptaba en su Diócesis la figura del “*cura orquesta*” (el que toca solo todos los instrumentos...), imagen aplicable tanto a la liturgia (celebrada sin ninguna participación de los fieles) como a la vida de la comunidad cristiana (monopolizada en todo por el sacerdote). La importancia reconocida a los ministerios ordenados no puede justificar que se prescinda del resto del pueblo de Dios o lo reduzca a una categoría inferior y pasiva.

El redescubrimiento de la teología del laicado y el progresivo protagonismo de los laicos en la vida de la Iglesia son sin duda signos de los tiempos que interpelan a la Iglesia y que todos debemos agradecer al Señor. El Concilio Vaticano II (LG 10-12 y cap.IV; Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos) y posteriormente la Exhortación Apostólica sobre el laicado (*Christifideles laici*, Juan Pablo II, 1988), han puesto los fundamentos teológicos básicos de la reflexión actual sobre los laicos: su *dignidad* en la Iglesia-misterio; su derecho y deber de *participación* activa en la Iglesia-comunión; y la llamada a la *corresponsabilidad* de los laicos en la Iglesia-misión.

Hace ya tiempo, Pablo VI quiso impulsar notablemente los *nuevos ministerios laicales* de catequistas, animadores de la oración y del canto, servidores de la Palabra, asistencia a los necesitados, líderes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos, y otros servicios similares (*Evangelii nuntiandi*, 73, Roma 1975). Y la creatividad de las Iglesias jóvenes, ligada especialmente en América Latina a la vitalidad de las *comunidades eclesiales de base*, ha desarrollado una más amplia gama de *ministerios o servicios*: interpretación y discernimiento cristiano de la realidad, lectura encarnada de la Biblia, testimonio personal y comunitario, catequesis y evangelización, envío misionero, organización comunitaria, diálogo y acción ecuménica, concienciación política, solidaridad y cooperativismo, cultura y arte, educación popular, comunicación social...(ver A. PARRA, Ministerios laicales, en *Mysterium liberationis* II, 319ss, Madrid 1990).

Pero el desafío principal es cambiar la mentalidad eclesial que arrastra una concepción *pasiva* del laicado (sólo los clérigos son actores y protagonistas en la Iglesia), entiende sus eventuales servicios como simple *ayuda o condescendiente ampliación participativa* en relación a las actividades del clero, e ignora el reto de la *misión propia del laicado en el orden temporal* contentándose sólo con promover la ejecución de servicios de carácter litúrgico o intracomunitario por parte de los laicos.

Recuerdo cuando en una reunión pastoral alguien felicitó a un obispo español por contar en sus diócesis con un elevado número de laicos comprometidos en la catequesis, y él – que debía ser además de un celoso pastor un buen teólogo – respondió: Se lo agradezco de veras al Señor, pero sueño con el día en que pueda tener el mismo número de laicos actuando con el mismo compromiso cristiano en la política, la radio y la televisión, los sindicatos, las asociaciones vecinales...

Porque, recogiendo de nuevo la aportación de la Iglesia latinoamericana (ver *Documento de santo Domingo, 94ss.*), *“la persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, clérigos e incluso laicos; la dedicación de los laicos de manera preferente a tareas intra-eclesiales, y una deficiente formación les privan de dar respuestas eficaces a los desafíos actuales de la sociedad”* y la nueva evangelización. Errores que deben ser superados, a la vez que se promueve como prioridad pastoral:

- Su compromiso en el campo de las realidades temporales (familia, cultura, economía, política, educación, medios de comunicación social...) y no sólo en las funciones intra-eclesiales.
- El acompañamiento de asociaciones y movimientos laicales, para evitar el enclaustramiento en sí mismos, la desconexión con la pastoral de conjunto y la falta de inculturación.
- El reconocimiento del papel evangelizador de la mujer y la efectiva prioridad de la pastoral familiar y juvenil.

## **EL REINO Y EL MUNDO**

Al hablar del *ministerio como realidad eclesial* no podemos en efecto dirigir nuestra mirada sólo “hacia el interior” para analizar los ministerios o servicios que dentro de la comunidad cristiana están llamados a realizar cada uno de sus miembros. Debemos, sobre todo, mirar “hacia fuera” y preguntarnos si somos conscientes de que toda la Iglesia está llamada a servir al Reino de Dios y su construcción en el mundo.

Jesús de Nazaret fue el *hombre-para-los-demás*, y su Iglesia es por eso mismo una *Iglesia-para-el mundo*, que tiene por vocación el servicio y cuya primera preocupación es la construcción del Reino de Dios. Y que por lo tanto no puede sentirse satisfecha con alcanzar la meta de estar “extendida por todo el universo” (bautizados, templos, organización...), olvidando que su verdadera misión e identidad es servir al mundo – como lo hizo Jesús – para que en él sea una realidad la presencia de su Reino de santidad y de gracia, de justicia de paz y de amor. *Evangelización* (anuncio y testimonio coherente de la Buena noticia del amor de Dios revelado en Jesucristo) y *promoción humana* (defensa de la dignidad de la persona y los derechos humanos, promoción de los valores del Reino y denuncia profética del pecado personal y social) son las dos dimensiones inseparables del *servicio* que la Iglesia debe prestar al Reino y al

mundo. Este es el único y verdadero ministerio eclesial, a realizar por todos los ministros/miembros de la Iglesia, cada uno según su específica vocación.

Lo que requiere una incesante *evangelización y conversión* de la misma Iglesia, una toma de conciencia coherente *del carácter ministerial/servidor de toda la Iglesia* y del carácter *diversificado pero complementario* de los ministerios a desempeñar por todos y cada uno de sus miembros, y una *actitud de empatía y diálogo* con el mundo de hoy. Es decir, con su cultura y sus culturas, sus religiones, sus problemas y sufrimientos, sus progresos y desafíos, sus “*gozos y esperanzas, tristezas y angustias*” (GS 1).

Una Iglesia capaz de pasar “del anatema al diálogo” (como se titulaba un conocido libro de los primeros años del postconcilio) y de entender el diálogo como servicio comprometido y desinteresado. Donde, en la teoría y en la práctica, el ministerio sea una realidad eclesial.

### **PARA EL DIÁLOGO**

- Si tuvieras que organizar una comunidad cristiana, ¿qué servicios concretos pedirías a cada uno de sus miembros? Intenta hacer un esquema
- Si san Agustín fuese obispo hoy, ¿qué pediría a los distintos miembros de la comunidad cristiana?
- ¿Crees que realmente la Iglesia puede ofrecer hoy al mundo algún servicio importante? Enuméralos. ¿Y el mundo a la Iglesia?